

(Sale un muchacho a echar la loa.)

Senado ilustre y prudente,  
aquí saldrá un entremés  
que si lo mira la gente  
de la cabeza a los pies  
pensará que es de repente.

Sólo se sale a ensayar  
para hacello en un molino  
a dos que se han de casar,  
y pues ya pasó el pepino,  
no hay sino disimular.

Todos juntos callarán  
y atención nos prestarán,  
y aquesto por loa valga.  
Quiero entrarme porque salga  
a empezallo don Roldán.

(Éntrase el muchacho y sale don Roldán.)

¡Qué locuras, qué embelecocos  
haces, amor, en mi pecho,  
retumbando en mí tus ecos  
de noche en mi triste lecho  
y de día en estos güecos!

¡Ay mi doña Alda hermosa,  
que tu cara y tu nariz,  
si no fuera tan sarnosa,  
no la hay en toda París  
ni en las Navas de Tolosa!

(Sale Durandarte.)

¡Amor, que con tus engaños  
y con tus agudas yerbas  
a valientes no reservas,  
antes los haces tacaños  
con tus frutas y conservas!

Dime Belerma qué hace, que su cara y su pescuezo de tal manera me  
aplace;

que no hay tuétano de güeso  
que como ella me solace.

¡Oh valiente Durandarte!

¿Qué hacéis?

Aquí me andaba

y en el amor contemplaba.

Con ese mismo estandarte

yo también me paseaba.

¿Muéstraseos Belerma ingrata?

No hay Dafne ni garrapata que le iguale en la dureza.

¿Vuestra doña Alda está tiesa?

¡Más dura está que patata!

Pídeme celos del viento,

que le ha dicho Galalón

que mudé de pensamiento.

Galalón es cual jumento:

ino vivirá sin traición!

(Sale un portero.)

A la puerta está Oliveros,

quiere entrar, viene galán  
Dile que entre: caballeros  
hoy aquí no faltarán.  
(Vase el portero y entra Oliveros.)  
¡Oh valerosos guerreros!  
Hemos trazado torneos  
que de Francia al Ajarafe  
y del Sur hasta Getafe  
no han visto los Perineos.  
¡Ya me hace tifi tafe  
el corazón! Don Gaiferos  
no quiere con su presencia  
honrar tantos caballeros,  
por llorar con nuevos fieros  
de Melisendra la ausencia.  
(Sale el portero.)  
Galalón está a la puerta.  
¿Qué puede aquéste querernos?  
(Vase el portero y entra Galalón y no hacen caso dél, sino ándanse  
paseando.)  
Yo, como la hallé abierta,  
entréme.  
¡Ya es cosa cierta  
que éste vendrá a revolvernos!  
¡Oh caballeros! ¿Qué hacéis?  
¿Qué se ha de hacer?  
¿No me oiréis?  
Un cuento os quiero contar:  
que no quiere tornear  
Gaiferos.  
¿Pues qué queréis?  
Vengo harto de reír  
del pobre de nuestro amigo,  
que da en fingir el sentir.  
¡No dejará de mentir!  
¡Él no puede más consigo!  
Yo he dado en fisgalle, y él  
quiéreme como al diablo  
y amárgole como hiel.  
¡Mirá, señores, que os hablo!  
¡Nadie mire hacia él!  
(Sale un paje.)  
Licencia pide, señor,  
para entrar en esta sala  
don Gaiferos. ¿Tomarála?  
¡Oh paje sin alfajor!  
Dile que nos hace agravio  
en pedir licencia él.  
¡Parte luego, moscatel!  
¡Poco se ha mostrado sabio!  
Anda con un mal cruel  
(Vase el paje y sale Gaiferos.)  
¡Oh [...]!  
¡Oh [...]!

iOh valeroso Gaiferos!  
¿Cómo estáis?  
No ha entrado pan  
en todo hoy por mis gargueros.  
¿Es de pobreza o de amor?  
El amor de Melisendra  
repica en mí un atambor,  
que no pasará un almendra  
hasta ver su salvo honor.  
¡Ay Melisendra amada,  
ay Melisendra!  
Dejá la melancolía,  
que ella se rescatará.  
Melancolía que está  
metida en la tripa mía  
con aire reventará,  
que está arraigada en mi vientre  
como tortuga en su concha.  
La tristeza en vos no entre.  
Catá, señor, no os encuentre  
la muerte.  
No hace en mí roncha.  
¡Ay Melisendra amada,  
ay Melisendra!  
Acabá, tené paciencia  
y procuraos alegrar.  
¡Acaba ya!  
Pestilencia,  
si da amor en maltratar,  
es en París y en Valencia.  
En los torneos podréis  
alegraros torneando.  
Y mirá que os moriréis  
si algo no os vais alegrando.  
¿Solo no me dejaréis?  
¡Ay Melisendra amada,  
ay Melisendra!  
Juguemos, si vos queréis,  
y la podréis olvidar.  
¡Digo que no he de jugar!  
¿Que tanto mostrar queréis  
lo que sentís el pesar?  
iOh melancolía espesa!  
¿Cómo habláis desa suerte?  
De su tristeza me pesa.  
¡Catá que os busca la muerte!  
¡No me quebréis la cabeza!  
¡Ay Melisendra amada,  
ay Melisendra!  
Yo, que soy su amigo eterno,  
se lo rogaré, aunque callo.  
¡Jugá, príncipe, está femo!  
¡Es lo mismo que mandallo  
el diablo del infierno!

Tráiganse naipes o dados,  
que en viéndolos jugará.  
¡Arrastrá sillas, criados!  
Dejad aquesos cuidados,  
que el jugar me matará.  
Herido está del aljaba  
y las saetas de amor.  
¡Oh melancolía brava!  
Jugá, jugá, mi señor.  
¿A qué queréis?  
A la taba.  
Eso sí, tomá placer,  
pues que todo es menester.  
Sólo alegraros conviene.  
Ya el juego de tablas viene.  
Pues empiécese a poner.  
(Tray un paje unas damas y siéntanse en un banco a jugar Oliveros y  
Gaiferos.)  
Muy bien os podéis sentar  
a aliviar el corazón.  
Señores, no hay que cansar:  
yo no tengo de jugar  
si no se va Galalón.  
Idos, señor de Maganza.  
Si doy enfado me iré,  
mas yo me las pelaré.  
Idos con Dios.  
¡Una lanza  
si puedo os la hincaré!  
(Vase Galalón.)  
Asentaos ya, don Gaiferos,  
pues que Galalón es ido.  
Yo estoy falto de dineros:  
juguemos este vestido.  
¡No, que no es de caballeros!  
(Comienza don Gaiferos a jugar con Oliveros y sale por un lado  
Galalón.)  
¡Y digo aquí, cara a cara,  
que quien tiene odio comigo,  
en el campo!  
¡Para, para!  
¡Idos con Dios!  
Voyme, amigo.  
¡Ah, quién te desnarigara!  
(Éntrase Galalón y sale un músico con su vigüela.)  
Jugá. Vayan mil ducados  
y serán para los dados.  
¡Oh príncipes!  
Caballero.  
¿Qué se juega?  
Buen dinero:  
mil ducados van jugados.  
Tocad esa sinfonía;  
decid algo, habrá barato.

Cantá de melancolía:  
quizá descansará un rato  
la que tengo.  
Va folía.

(Cantaré el músico: Jugando está a las tablas don Gaiferos, etc, y  
saldrá el Emperador y Valdovinos.)

¿Que en efeto, Valdovinos,  
aqueso responde el moro?  
¿Que eso dice?

Como un toro  
dice dos mil desatinos.  
¡Aqueso es lo que yo lloro!  
Dice que no la ha de dar,  
mas con un moro casalla.  
¡No sé yo con qué toalla  
mi honra se ha de limpiar!  
¡Pues, mi señor, refregalla  
con sangre de aquestos perros!

Haz, señor, tocar cencerros y muéveles cruda guerra:  
¡que tiemble toda la tierra  
y se estremezcan los cerros!

Mas no me espanto, señor,  
que responda así Almanzor  
si trazas de ir peleando  
y está Gaiferos jugando.

¡Afuera, aparta! ¡Oh rigor!

(Dale el Emperador con el pie a la banca y echa por ahí las damas, y  
levántase Gaiferos y Oliveros.)

¡Jugá largo a las tablas, don Gaiferos,  
usá del almidón y de las galas,  
que es propio de valientes caballeros  
jugar muy descuidados en las salas!

Mal haya yo, mal hayan mis dineros,  
que si yo no vistiera martingalas,  
yo fuera por mi hija en mi cúartago  
y a toda la morisma diera el pago!  
¡Como galán está muy bien la seda,  
la pluma, el almidón y cama blanda,  
almizque, ámbar, algalia...!

Ahí te queda,  
que la corte, señor, ni nadie manda  
que me afrentes, pues no ha dado la queda;  
que en tocando, señor, la zarabanda,  
bailará don Gaiferos ton su lanza,  
metiéndola al que hablare por la panza.

Yo mismo por mi hija partir quiero.  
Bien os podéis quedar todos jugando,  
que libertarla aquesta noche espero  
mientras se está Gaiferos solazando;  
quiero ser en librarla yo el primero.  
Quedaos todos con él, quedaos jolgando  
mientras voy a cumplir mi pensamiento,  
pues que tenéis tan poco miramiento.

Yo me voy a buscar mi triste hija;

que está metida en una prisión fuerte.  
¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!  
¡Con la sortija  
me rasguñó!  
¡Que no me doy la muerte!  
(Vase el Emperador.)  
¿Esto es razón? ¿Quién hay que no se aflija?  
¿De mí nace tratarme desta suerte?  
¡Bueno me para! ¿Quién tendrá sosiego?  
¡De los vestidos y de mí reniego!  
Ya, caballeros, nadie me detenga,  
pues que ha sido mi suerte tan avara,  
que ya el Emperador de mí se venga,  
que hasta con los trajes me da en cara.  
El me deja agraviado con su arenga.  
¡Pues hoy haré en Sansueña un algazara!  
¡Hola, dadme mis armas! ¡Hola, pajes!  
¡No piense el moro que hay aquí salvajes!  
(Arroja Gaiferos el sombrero y los vestidos.)  
¿Para qué quiero plumas en sombrero?  
¿Para qué quiero cuello almidonado?  
¡No quiero guantes de ámbar, no los quiero!  
No quiero ya calzones de brocado:  
desnudo quiero ir, pues que soy nuera.  
de un hombre que me afrenta. ¡Ah duro hado,  
ah injusticia, ah rigor, ah inclemencia!  
Caballeros, me voy: dadme licencia.  
Oíd, señor don Gaiferos  
lo que del cuajar arranco,  
que los dones más de estima  
suelen ser como de rábano,  
que el regüeldo es zanahoria  
que sabe más a gazpacho:  
Melisendra es garrapata  
y vos sois escarabajo,  
ella está en Sansueña presa  
y vos en París mascando,  
vos sois macho y ella es hembra.  
Harto os he dicho, miraldo.  
Yo, como pariente vuestro,  
os doy un gran consejo,  
que el consejo del pariente  
es como en viernes un ajo:  
Melisendra está en Sansueña,  
vos en París paseando;  
vos ausente, ella mujer.  
Harto os he dicho, miraldo.  
Yo, primo, aunque mozo, quiero  
aconsejaros hablando,  
que el consejo de los mozos  
es mejor que vino aguado;  
y digo por lo que siento  
que el sentir es de hombres bravos:  
es mujer, querrá parir.

Harto os he dicho, miraldo.  
Pues yo, no como pariente,  
sino como paniaguado  
-que los paniaguados son  
amigos del Jueves santo-,  
os aconsejo, señor,  
que el consejo siempre es ancho:  
que es mujer, estará ayuna.  
Harto os he dicho, miraldo.  
Yo lo agradezco por cierto,  
tío, primo, amigo, hermano,  
y, así, a todos juntos pido  
que no me estorbéis el paso,  
porque quiero ir a librilla  
con ánimo denodado,  
y entrar con ella en París,  
por los cantillos triunfando,  
o quedarme entre los moros,  
que el quedar es como bazo,  
que muy poco puede andar  
el que lo tiene hinchado.  
Y, así, os pido, don Roldán,  
vuestras armas y caballo  
para ir por Melisendra,  
que yo prometo tornallo.  
Mostraos magnánimo en esto,  
que el prestar es como gato,  
que rasguña y lame luego  
por sanar lo rasguñado.  
No os espantéis, caballeros,  
que arroje estos concetazos,  
que el caballero mohíno  
es peor que hombre enojado.  
¿No me responde ninguno?  
Suspensos estáis callando.  
Respondéme, que me iré  
celoso y desesperado!  
Yo, primo, no respondía  
porque me tiene admirado  
ver que me pidáis las armas,  
siendo vuestras, y el caballo.  
Id a mi caballeriza  
cuando os partáis y sacaldo,  
que el caballo es como el naípe,  
que sirve a todos el basto.  
Yo me voy a aderezar,  
y quedad muy descuidado,  
que si yo no vuelvo acá,  
que no volverá el cuartago.  
¡Vamos, vamos!  
Caballeros,  
adiós.  
Adiós, don Gaiferos.  
¿Hay alguno de vosotros

que sobre mis cuatro potros  
me preste algunos dineros?  
Tomá esta bolsa baldía,  
que a fe que no está vacía.  
Aquesta bolsa también  
os da quien os quiere bien.  
¡Oh amigos del alma mía!  
Yo traigo lleno este gato,  
y fia de mí que os lo doy  
con harta pena y recato.  
Tomad mi bolsa, que hoy  
no la estimo en un zapato.  
Y, si gustáis, Valdovinos  
irá con vos a Sansueña.  
Todos por esos caminos  
iremos, aunque haya leña.  
No, amigos, que estáis mohínos;  
con mis armas tengo hartos.  
¡Dadme los brazos, guerreros!  
Los míos están roncos.  
¡Ayúdate el del lagarto!  
¡Adiós, adiós, caballeros!  
(Vanse todos y asómase Melisendra al muro.)  
Quejarme quiero, como ya me oísteis,  
a estas murallas, cual si humanas fueran,  
y, cual siempre, cantar endechas tristes  
como si me escucharan y me oyeran.  
Los que me oyen dirán algunos chistes,  
si no es que los que esperan desesperan,  
y si esto hacen, no es de caballeros.  
Paredes tristes, ¿qué es de don Gaiferos?  
Yo apostaré que se anda paseando  
y dando en sus caballos mil carreras,  
y también se estará refocilando  
con las damas infames, cotorreras.  
¡Ay Melisendra triste, que llorando  
estás de día y noche, con ojeras,  
comida de piojos, casi en cueros!  
Paredes tristes, ¿qué es de don Gaiferos?  
(Asómase un moro y dice:)  
¡Ah mi senora, callar,  
que si nuestro rey venir  
y hallar tanto plañir,  
a todos hacer matar!  
(Asómase otro moro al otro lado y dice:)  
(¡Ah senora, no llorar,  
que si nuestro rey venir  
y nos hallar sin dormir,  
a todos hacer matar!  
¡Callar, senora, callar,  
pues te lo vuelvo a decir,  
porque si llorar morir  
y si morir enterrar!  
(Vanse los moros y dice Melisendra:)



iOh terrible rigor, oh golpes fieros!  
Paredes tristes, ¿qué es de don Gaiferos?  
Perseguida de cosas enfadosas,  
de celos, de sospechas y de enojos,  
ambas manos de sarna, con esposas,  
los cabellos sin peine, cual rastros,  
comida de mil moscas asquerosas  
y de pulgas, de chinches y piojos.  
¡Y todos estos males hasta veros!  
Paredes tristes, ¿qué es de don Gaiferos?  
(Sale don Gaiferos en un caballo de palo.)  
Descanse el caballo en tanto  
que les digo a estas murallas  
mi dolor, mi pena y llanto,  
porque sólo en contemplallas  
me consuelo tanto cuanto.  
Murallas altas, fuertes y odoríferas,  
para mi mal agora tan pulquérrimas,  
a mi ruego os mostrad algo mortíferas  
y seréis de mi boca celebérrimas.  
Si os queréis mostrar algo salutfieras,  
sanadme aquestas lágrimas ogérrimas,  
y si no lo hacéis, ¡fuego de rábanos  
os queme a todas, como agudos tábanos!  
Un caballero parece  
que se acerca hacia aquí.  
¡No sé qué quiquiriquí  
el corazón me estremece  
que me hace salir de mí!  
Alterada yo me siento.  
¡Ay Jesús, qué alteración!  
¡Sin duda que éste es portento!  
No sosiega el corazón:  
¡relleno está de contento!  
(No le oso hablar de miedo.  
¡Cómo parece a mi esposo!)  
(Quiero hablalle y no puedo.)  
(¿Llámoles?) Sí: ¡caballero!  
(Quiero hablalle y no oso.)  
¡Oh vos, de gozo atestada!  
¿Quién me llama, quién me nombra?  
Una mujer desdichada  
que, de amor atormentada,  
ya no es mujer, sino sombra.  
Mandá, señora, mandá.  
(¡O es Golías o es Alcides!  
¡El alma turbada está!)  
Caballero, si a Francia ides,  
por Gaiferos preguntá.  
(¡Melisendra es, por el Dío!  
¡Oh mi regalo, oh bien mío!  
Disimular quiero un poco  
para no tornarme loco,  
que de hambre estoy vacío.)

¿Que no me queréis hablar?  
Déboos de ser enfadosa.  
Si es que Je habéis de buscar,  
decilde que la su esposa  
se Jo envía a encomendar.  
(¡No tengo ya sufrimiento!)

¡Don Gaiferos soy, señora!  
¡De contento el alma llora!  
¡Mi regalo!  
¡Mi contento!  
¡Mi solaz!  
¡Mi cantimplora!  
¡Mi durazno!  
¡Mi albarcoque!  
¡Mi nabo!  
¡Mi tibi quoque!  
¡Mi ochavo!  
¡Mi dingandux!  
¡Oh mi primera!  
¡Oh mi flux!  
¡Mi cabe!  
¡Mi toquimboque!

Bajá, señora, bajá.  
¡Parecerseme han las piernas!  
Yo os cubriré las cavernas.  
Por ese postigo entrá.  
Ya entro. ¡Ah palabras tiernas!  
Mirá, mi bien, que no hay cuerda.  
¿Cómo me recogeréis?  
(Éntrase don Gaiferos y sale luego con Melisendra a las ancas del  
caballo, y los moros tocan a rebato, y dicen dentro a voces:)

¡Ah de la guarda! ¡Recuerda,  
porque se lleva el francés  
robada ya a Melismerda!  
(Sale el Emperador y Valdovinos y Durandarte y Galalón y don  
Roldán.)

¿Qué habrá la fortuna hecho  
de mi hija y de mi yerno?,  
que no hay fuego en el infierno  
que así me consuma el pecho  
y me tenga en llanto eterno.  
¿Qué habrá pasado?, que yo  
no he sabido en qué paró.  
Él fue tan determinado,  
que apenas hubo llegado  
cuando luego acometió.  
¿Por qué solo ir le dejastes?  
¿Por qué no le acompañastes?  
Que yo, con mis blancas canas,  
si no tuviera almorranas,  
hiciera lo que ignorastes.  
Ello conforme a razón,  
él no debió de ir allá,  
y si fue, muerto estará.

¿No callaréis, Galalón?  
¡Si calla reventará!  
(Sale un paje.)  
Un correo con gran fuga  
quiere entrar en tu presencia.  
Entre; yo le doy licencia.  
¡Si fuese alguna lechuga  
que refresque mi paciencia!  
(Vase el paje y sale el correo.)  
Si te traigo nueva buena  
con que se alegre tu gente,  
di qué albricias al presente  
me darás.  
Esta cadena.  
Habla ya, sé diligente.  
¿Qué nueva puede ser tal?  
No es nueva, señor, sonducha,  
sino gorda y principal:  
no receles ningún mal.  
Dila pues, acaba.  
Escucha: apenas hubo llegado  
don Gaiferos a Sansueña  
-no a Sansueña, a sus murallas-  
cuando vido a Melisendra:  
él llorando, ella también,  
él triste, enojada ella,  
él al sereno, ella al frío,  
él armado, ella modesta,  
ella en alto y él en bajo,  
ella cercada, él sin cerca,  
mas la cerca poco importa  
adonde amor se atraviesa.  
Desconoció don Gaiferos  
por luego luego a su prenda,  
hasta que se destapó  
el príncipe la visera.  
Dijéronse mil requiebros  
más tiernos que berenjena.  
Arrojóse ella del muro,  
no se quebró la cabeza,  
que la recogió en sus brazos  
don Gaiferos. "¡Guerra, guerra!"  
tocaron luego los moros,  
mas poco les aprovecha,  
porque él, poniendo a las ancas  
nuestra famosa princesa  
y picándole al furón,  
corre, arranca, vuela, truena.  
Salió una chusma de moros  
tirándole dos mil flechas,  
mas al que es firme amator  
no hay flecha que allí le hiera.  
Él, sonriéndose dellos  
y volviendo la cabeza,

como la lleva a las ancas  
topa con la cara de ella:  
ella le besaba a él  
y él también a ella la besa.  
En efeto, ya, señor,  
a nuestro París se acercan:  
no están los príncipes lejos,  
que ya por las puertas entran.  
¡Mira si es nueva dichosa  
la que sale de mis venas!  
¡Avisad las chirimías!  
Júntense mis instrumentos!  
¡Haga París alegrías  
y salí todos contentos!  
¡Recibid las prendas mías!  
Galalón, ¿no sales tú  
a recibir a Gaiferos?  
¡Recíballo Bercebú!  
¡Con cuatro tiros pedreros  
lo recibiré!

Jesú!

(Vase Galalón.)

¡Entren en París triunfando!

¡Húndase toda París!

Ea, amigos, ¿no salís?

Vamos, que ya están tocando.

¡Ah don Roldán! ¿No venís?

Sí, valiente Valdovinos.

Comeréme mil pepinos

y luego iré.

¡Bravo es eso!

No os paréis agora a eso,  
que os mirarán los vecinos.

(Éntranse todos, y saldrá luego Melisendra triunfando, debajo de un palio hecho de una manta, y dos maceros delante, y don Gaiferos en su caballo de palo, y el Emperador con todos los demás caballeros y acompañamiento, y éntanse, y da fin el entremés.)